

# LA CORRUPCIÓN COMO HERENCIA

Historia y mecanismos de la corrupción en España



Guillermo Cachero

# La Corrupción como Herencia

Historia y mecanismos de la corrupción en España

© Guillermo Cachero Martínez

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas informáticos o su transmisión por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el consentimiento previo y por escrito del autor

CAPÍTULO 1	La Tertulia
CAPÍTULO 2	Juan March
CAPÍTULO 3	Dictadura de Primo de Ribera
CAPÍTULO 4	La Segunda Republica
CAPÍTULO 5	El golpe de estado contra la Republica
CAPÍTULO 6	Crónica de una herencia silenciada
CAPÍTULO 7	Una corrupción de dos velocidades
CAPÍTULO 8	El nacimiento del turismo
CAPÍTULO 9	SOFICO: la pirámide de ladrillo
CAPÍTULO 10	MATESA: La fábrica de espejismos
CAPÍTULO 11	Rumasa
CAPÍTULO 12	Caso Malaya
CAPÍTULO 13	Benidorm
CAPÍTULO 14	el Proyecto Castor: el Almacén de los Temblores
CAPÍTULO 15	Cataluña, la Burguesía y el Capital Europeo
CAPÍTULO 16	la España de la Uralita: el Amianto Como Motor Barato
CAPÍTULO 17	LAS CANARIAS
CAPÍTULO 18	LAS BALEARES: el Pulmón de Acero del Régimen
CAPÍTULO 19	La Transición: el Banquete de las Sombras
CAPÍTULO 20	El Caso Naseiro: el Narcotráfico de Influencias
CAPÍTULO 21	El Cesto Podrido: Ingeniería Financiera y Traición de Clase
CAPÍTULO 22	El Caso Banca Catalana: Finanzas, Poder y el Nacimiento del “Oasis”

CAPÍTULO 23 La Sede del PP

CAPÍTULO 24 Caso Gürtel: el Partido Como Estructura

Capturada

CAPÍTULO 25 EL CASO NÓOS

CAPÍTULO 26 Las Tarjetas Black

CAPÍTULO 27 La Burbuja Inmobiliaria

CAPÍTULO 28 Caso Palma Arena

CAPÍTULO 29 Caso Brugal

CAPÍTULO 30 La Fórmula 1 en Valencia

CAPÍTULO 31 Caso Palau de la Música

CAPÍTULO 32 Caso Pretoria

CAPÍTULO 33 La corrupción como cultura

EPILOGO

# Prólogo

La corrupción en España no es un fenómeno nacido al amparo de la democracia ni puede encerrarse en un periodo concreto. No pertenece a una época determinada: atraviesa la historia. Basta observarla sin prejuicios para comprobar que, bajo distintas formas y con distintos nombres, ha acompañado al poder desde hace siglos.

El siglo XIX, con su inestabilidad crónica y la sucesión de pronunciamientos —hasta una decena de golpes de Estado en pocas décadas—, ilustra hasta qué punto las estructuras políticas se sostenían sobre equilibrios frágiles. En aquel contexto, el interés público quedaba con frecuencia subordinado a intereses particulares, militares o económicos. No se trataba de un sistema que, en un momento dado, se corrompía; era un sistema en el que determinadas prácticas formaban parte de su propio funcionamiento.

Este libro no pretende abarcarlo todo. Parte de un punto preciso: 1923, con el golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera, instaurado con el beneplácito de Alfonso XIII. A partir de ahí, el recorrido atraviesa dictadura, transición y democracia, no para señalar culpables aislados, sino para observar una constante.

Porque lo que cambia no es la existencia de la corrupción, sino su forma de manifestarse.

El franquismo la integró en un modelo autoritario; la Transición la heredó en un contexto de urgencia política; y la democracia, aun dotándose de mecanismos de control, no ha logrado erradicarla por completo, sino transformarla en estructuras más complejas, más técnicas y, en ocasiones, más difíciles de

detectar.

La historia no ofrece rupturas limpias, sino continuidades.

Y entre todas ellas, una resulta especialmente llamativa:

la capacidad del poder para generar espacios donde el interés privado se infiltra en lo público.

Si la corrupción atraviesa regímenes, ideologías y generaciones, quizá el problema no resida únicamente en quienes gobiernan, sino en aquello que permanece cuando los gobiernos cambian.

Porque los gobernantes pasan.

Las estructuras, no.

A lo largo del tiempo se han configurado redes de poder — económicas, financieras e institucionales — que operan con una lógica propia, a menudo ajena al interés general. No siempre visibles, no siempre reconocidas, pero presentes en la forma en que se toman decisiones, se asignan recursos y se delimitan los márgenes de lo posible.

Y es precisamente al observar esa continuidad cuando surge una pregunta inevitable:

si los nombres cambian, si los sistemas se transforman y, sin embargo, determinados patrones se repiten...

¿qué es lo que permanece?

Este libro no pretende ofrecer una respuesta cerrada. Propone, más bien, una hipótesis que nace de la observación de los hechos:

que más allá de los gobiernos visibles podría existir una estructura de poder económico capaz de adaptarse a cada etapa histórica para preservar sus intereses.

No como una conspiración organizada ni como una entidad única, sino como una convergencia de intereses que, en determinados momentos, actúa en la misma dirección.

Quien accede al poder político no siempre crea esas dinámicas: con frecuencia se integra en ellas. Aspira a formar parte de un sistema que ya existe, a beneficiarse de sus reglas, a perpetuar una lógica que no ha nacido con él.

Y cuando ese equilibrio se ve amenazado —cuando surgen proyectos que pretenden alterar las bases económicas o institucionales sobre las que se sostiene—, la reacción rara vez es neutra. La historia muestra que, en esos momentos, el sistema tiende a protegerse: antes mediante pronunciamientos y golpes de Estado; hoy, a través de mecanismos más sutiles, pero no necesariamente menos eficaces.

No se trata de afirmar la existencia de un poder oculto en términos absolutos, sino de constatar una constante histórica: el poder tiende a preservarse.

Pueden caer gobiernos, partidos o incluso regímenes enteros. Pero el poder económico —el que maneja el capital— muestra una notable capacidad de permanencia. No es una realidad exclusiva de España, sino una lógica que se repite en distintos países: quienes concentran recursos difícilmente aceptan que algo altere su posición. Y cuando esa posición se ve amenazada, disponen de instrumentos —económicos, políticos o sociales— para defenderla.

En ese proceso de preservación, la corrupción deja de aparecer únicamente como una desviación puntual y comienza a percibirse, en determinados contextos, como una herramienta.

Esa lógica no es abstracta ni teórica. A lo largo de estas páginas aparecerá encarnada en nombres propios, en decisiones concretas y en episodios que marcaron el rumbo de la historia. Uno de los más reveladores se sitúa en los años de la Segunda República, cuando el poder económico y el político chocaron de forma

abierta. En ese contexto se formuló una frase que resume con crudeza esa tensión:

«O la República acaba con Juan March, o March acaba con la República».

No era una metáfora. Era una advertencia.

Pero incluso esa frase puede inducir a interpretaciones simplificadoras. Juan March no fue el origen del problema, sino su manifestación más visible. No fue el arquitecto de ese poder, sino uno de sus ejecutores más reconocibles.

Detrás de él operaban dinámicas que no necesitaban exponerse. Bastaba con encontrar a quien actuara cuando determinados intereses se veían amenazados.

March no actuó en solitario porque difícilmente podría haberlo hecho. Su papel fue el de catalizador: articular y movilizar a una élite económica que ya existía antes que él y que continuaría después. Una élite que no firma manifiestos ni aparece en fotografías, pero cuya influencia se deja sentir en el curso de los acontecimientos.

Otros caen.

Otros pagan.

Otros se convierten en chivos expiatorios.

Otros, simplemente, permanecen.

Porque cuando el poder económico se siente amenazado, rara vez permanece pasivo. Y la historia, una vez más, no se decide únicamente en los discursos, sino en las alianzas que se tejen fuera de ellos.

A ese poder se alude a menudo, de forma imprecisa, como “poder en la sombra”. No es una entidad única ni una organización definida, sino una constelación de intereses que, a lo

largo del tiempo, ha configurado auténticas jerarquías de influencia.

Jerarquías no escritas, pero reconocibles.

Formadas por grandes fortunas, redes financieras, estructuras empresariales y vínculos políticos que, sin necesidad de ocupar el primer plano institucional, condicionan el curso de los acontecimientos. No gobiernan formalmente, pero influyen. No legislan, pero delimitan el margen de lo posible.

Cuando el poder político se ajusta a sus intereses, la relación es fluida.

Cuando se desvía, comienza la fricción.

Y es en esos momentos cuando la historia muestra su patrón más constante: la reacción.

A veces mediante presión económica.

Otras, a través del desgaste político.

En determinadas épocas, incluso mediante rupturas abiertas del orden establecido.

No porque exista un plan único, sino porque parece existir un interés compartido: preservar una posición.

Es en ese punto donde la corrupción deja de percibirse únicamente como un fenómeno aislado y comienza a integrarse en un mecanismo más amplio. No como causa única de los acontecimientos, pero sí como una herramienta recurrente dentro de una lógica de conservación del poder.

Y es en ese marco donde episodios concretos —como el enfrentamiento entre la Segunda República y figuras como Juan March, o los casos SOFICO, MATEA o RUMASA— adquieren su verdadero significado.

No como hechos aislados, sino como expresiones de una

tensión más profunda que atraviesa la historia y se repite, una y otra vez, bajo distintas formas.

Los nombres cambian, los gobiernos caen... pero las estructuras que condicionan el poder siguen intactas.

# Capítulo 1

## La Tertulia

La tarde caía sobre Salamanca con una lluvia fina y persistente. En el interior del café, el calor y el ruido de las cucharillas ofrecían una tregua momentánea.

—Entre unos y otros nos están arruinando —dijo Clara sin levantar la voz—. Y mientras tanto, nosotros pagando.

Nadie respondió.

En la mesa, los periódicos abiertos hablaban del “caso Koldo”, de Ábalos... y, de fondo, de otro nombre que volvía a aparecer: Cristóbal Montoro.

Tomás rompió el silencio.

—¿Y qué se dice exactamente de eso? Porque todo suena... pero nada queda claro.

Héctor no contestó de inmediato. Cruzó las manos con calma.

—Lo de Montoro no es un caso al uso —dijo finalmente—. Es más incómodo que eso.

El local olía a tostado reciente y a papel húmedo. En una mesa del fondo, junto al radiador de hierro, cuatro figuras se inclinaban sobre los periódicos.

Héctor Salvatierra, 52 años, historiador y documentalista independiente, solía reunirse allí muchas tardes con sus tres amigos. A veces hablaban de fútbol, otras de política y otras —las menos— de los chismes de la prensa rosa. Clara, la única mujer del grupo, era periodista de investigación en excedencia, 41 años.

Completaban la tertulia Marcos Varela, abogado tributario de 48, y Tomás Roldán, directivo de un grupo industrial familiar.

Eran un grupo peculiar: Héctor, siempre reflexivo; Clara,

afilada; Marcos, metódico; y Tomás, pragmático.

Clara frunció ligeramente el ceño.

—Explícate.

—Tiene que ver con su entorno profesional —continuó Héctor—. Antes de volver al Gobierno, Montoro fundó un despacho, Equipo Económico, que asesoraba a grandes empresas en materia fiscal y regulatoria.

Tomás asintió.

—Hasta ahí, nada ilegal.No —respondió Héctor—. El problema viene después. Cuando vuelve a ser ministro de Hacienda, algunas de las personas vinculadas a ese despacho acaban ocupando cargos dentro del propio ministerio... y, al mismo tiempo, empresas relacionadas con ese entorno se benefician de cambios normativos.

El silencio fue inmediato.

Clara lo miró fijamente.

—¿Estás diciendo que se hacían leyes a medida?

Héctor negó lentamente.

—No exactamente. Eso, como tal, no se ha demostrado judicialmente. Y es importante decirlo.

Tomás intervino, con tono más técnico.

—Pero sí hubo una fuerte controversia pública —añadió—. Informaciones que apuntaban a posibles conflictos de interés. A una proximidad excesiva entre quien asesoraba a las empresas y quien tenía capacidad para modificar la normativa.

Clara apoyó los codos sobre la mesa.

—Es decir... no hace falta que haya delito probado para que el problema exista.

—Exacto —respondió Héctor—. Aquí la cuestión no es solo

legal, es estructural.

Marcos intervino por primera vez:

—Cuando quienes diseñan las reglas han estado —o están— cerca de quienes se benefician de ellas... la línea se vuelve muy fina.

Tomás asintió.

—Y la confianza se resiente.

Clara dejó escapar una leve risa sin humor.

—Claro... porque al final el ciudadano no ve los matices jurídicos.

Hizo una pausa.

—Ve que siempre son los mismos los que salen beneficiados.

El silencio volvió a la mesa.

Héctor concluyó:

—Por eso el caso Montoro es importante. No porque haya una condena que lo cierre todo... sino porque abre una pregunta mucho más incómoda.

Clara levantó la mirada.

—¿Cuál?

—Hasta qué punto el poder económico y el poder político están realmente separados... o si, en el fondo, forman parte del mismo circuito.

Clara no respondió de inmediato.

—Y mientras tanto —dijo finalmente—, nosotros pagando.

—Y no faltan otros episodios recientes que siguen bajo sospecha —añadió Marcos—. Muchos asuntos quedarán años en discusión pública.

—Esa es otra incógnita que quedará ahí —concedió Clara.

—Es un país donde la corrupción ha echado raíces en sectores

de la política —apuntó Tomás.

—En algunos sectores —matizó Clara—. No conviene generalizar sin matices.

—De acuerdo —admitió Tomás—, pero tampoco negarás que los casos se repiten con demasiada frecuencia.

—En eso sí coincidimos —respondió ella.

Héctor, que había escuchado en silencio, intervino:

—Os diré algo. Llevo meses investigando la corrupción en este país y, aunque parezca un mal propio de la democracia, os aseguro que viene de mucho más atrás.

—Bueno —dijo Tomás—, los que tenemos una edad ya recordamos casos como el de Roca en Marbella y otros tantos.

—Efectivamente —asintió Héctor—, pero eso también ocurrió en democracia. Todo viene de mucho más atrás.

Clara lo miró con interés renovado.

—¿Y qué has descubierto?

—Mañana traeré el informe para que lo veáis. Os va a sorprender, y mucho.

El resto de la tarde transcurrió entre fútbol y noticias sobre el clima. Al día siguiente, tras los saludos de rigor, Héctor cumplió su promesa.

—Aquí traigo la documentación de mis investigaciones.

—Fantástico —dijo Clara, acomodándose.

—Como os comenté, la corrupción es el gran mal de nuestra época, pero no es algo nuevo. Es estructural. Lleva décadas sedimentándose como una costra invisible.

Clara alzó la vista.

—¿En qué te basas exactamente?

Antes de que Héctor respondiera, Marcos intervino con una

sonrisa escéptica.

—No sé en qué se basará, pero quiero oírlo. Es dinero que se pierde mientras hay problemas graves en educación y sanidad.

Se inclinó hacia delante.

—Una carretera no es solo asfalto. Un hospital no son solo muros. Son la idea de que la salud y la movilidad no deben ser privilegios privados.

Héctor asintió.

—Esa fue la convicción que arraigó tras la dictadura. Durante años, pagar impuestos se asumió como un gesto de normalidad democrática. Pero arriba —señaló hacia un punto indefinido— la lógica era otra. Para las grandes fortunas, el deber se convirtió en una variable negociable.

Clara frunció el ceño.

—¿Hablas de evasión?

—Hablo de arquitectura —respondió—. Domicilios fiscales de conveniencia, sociedades instrumentales, holdings encadenados, ingeniería contable diseñada para que la riqueza nunca toque la caja común. Todo dentro de una legalidad cuidadosamente bordeada.

Marcos soltó una risa seca.

—Patriotas de tribuna y apátridas fiscales.

—Exacto —continuó Héctor—. Muchos con la palabra “España” siempre en la boca, pero rara vez en la contribución. Empresarios atentos al BOE como otros miran la bolsa: esperando la subvención, la concesión o la norma favorable. Cortesanos modernos. Su éxito no depende del mercado, sino del acceso al poder.

—Eso suena a consigna —dijo Clara—. Necesito algo más que

una frase brillante.

Héctor bebió un sorbo y respondió con calma:

—No es consigna. Es rastro documental. Está en la prensa de cada época. He pasado meses en hemeroteca. Cambian los nombres, se repiten los mecanismos.

—¿Y solo afecta a las viejas élites? —preguntó Marcos.

—No. Hoy se suman las nuevas fortunas rápidas: celebridades, deportistas, creadores digitales. Ingresos súbitos, deslocalizaciones exprés. Cuando descubren cuánto cuesta pertenecer fiscalmente al país que los hizo famosos, hacen las maletas.

Hubo un silencio breve. Afuera, un autobús abrió sus puertas con un suspiro neumático.

—Muchos creyeron —concluyó Héctor— que la democracia traería limpieza automática. Pero lo que llegó fue otra cosa: métodos más finos. Menos burdos. La colonización de lo público no desapareció; se profesionalizó.

Clara lo miró con atención nueva.

—Entonces empieza por el principio. No por la indignación: por la historia.

Héctor dobló el periódico.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer.

Dejó la taza sobre el platillo, fijando el silencio antes de ordenar las ideas. La tarde había oscurecido los ventanales; dentro, la conversación adquiría densidad.

—Para comprender lo que hoy sucede —dijo— hay que descender al pasado. No como erudición, sino como método. Este presente es una variación de hechos ya vividos. En España, los acontecimientos no se repiten, pero riman. Los grupos que han movido los hilos del poder han recurrido una y otra vez a

mecanismos similares para proteger sus intereses.

Miró a sus amigos.

—No hablamos solo de fortunas —continuó—, sino de una cultura de control transmitida de generación en generación. Se heredan patrimonios, sí, pero también redes, métodos, contactos. Una forma de tutela sobre el Estado que no siempre se ve, pero se ejerce.

Hizo una pausa.

—Y no hace falta retroceder siglos. Basta con mirar el primer tercio del siglo XX. Allí están las claves.

# Capítulo 2

## Juan March

—Tengo información concreta sobre un personaje. Para mí, es una de las piezas fundacionales de la corrupción moderna en este país: Juan March.

El nombre quedó suspendido. No era habitual en tertulias, pero sí en archivos y hemerotecas.

Clara arqueó una ceja.

—Esa es una afirmación mayor.

—No hablo de intuiciones —respondió—. Hablo de documentos. March no fue solo un empresario: fue un intermediario de poder. Entendió que el verdadero negocio no era producir riqueza, sino situarse entre el dinero y la decisión política.

Tomó un sorbo.

—Nacido en Santa Margalida, Mallorca, surgido de circuitos comerciales grises, construyó un imperio vertiginoso. Su nombre aparece vinculado al contrabando, la banca, la financiación de operaciones políticas decisivas. Para unos, un genio. Para otros, un capitalista sin escrúpulos. Esa doble mirada lo convierte en clave para entender cómo se hibridaron dinero y poder en la España del siglo XX.

Luis intervino:

—Suen a personaje de novela.

—Precisamente —respondió Héctor—. Pero cada rasgo está documentado. Si queréis, empecemos por su origen. Ahí se entiende “el método”.

Guardaron silencio.

—March era hijo de un comerciante mallorquín conocido

como “En Verga”. El mote venía del oficio: su padre comerciaba con cerdos y productos del campo, y la “verga” era la vara flexible con la que los porqueros guiaban la piara. Un detalle menor, sí, pero que define bien el entorno: comercio duro, rural, de trato directo y cuentas al céntimo.

Clara tomó una nota en su libreta.

—Desde muy joven —continuó Héctor— destacó por su habilidad con los números. Las fuentes coinciden en que dominaba la aritmética mercantil con una soltura poco común para su edad. Por eso su padre le confió la contabilidad de la empresa familiar, Hermanos March, que compartía con un tío. En algunas biografías aparece un episodio temprano: al revisar los libros, el padre habría detectado un desvío de 1.500 pesetas —una suma enorme para la época, cuando un jornal obrero apenas alcanzaba una peseta diaria—. El castigo fue severo. Más allá de la exactitud del relato —que varía según la fuente—, lo importante es el retrato coincidente: un joven precoz, audaz y ya orientado a operar por cuenta propia.

—¿Y de ahí salta al gran capital? —preguntó Luis.

—No —respondió Héctor—. Antes salta a la zona gris. A lo que entonces, en la isla, era casi una economía paralela tolerada por tramos: el contrabando. Especialmente el de tabaco procedente del norte de África. Alcúdia y otros puntos de la costa eran enclaves conocidos de ese tráfico. No era una aventura romántica, sino una red organizada, con financiación, logística, códigos internos y violencia disciplinaria.

Hizo una breve pausa.

—Los perfiles históricos describen cómo March aprendió rápido la mecánica completa: quién financiaba las compras, cómo

se aseguraban las rutas, qué intermediarios operaban en Argel, cómo se sobornaba a determinados vigilantes y cómo se castigaba al delator. El contrabando no funcionaba sin reglas férreas ni sin complicidades.

El vapor del café dibujaba una neblina leve entre ellos.

—Hay un episodio que se repite en varias reconstrucciones —prosiguió—. El de un patrón de Santanyí, navegante experto, que realizaba pequeños transportes y retenía parte del género por cuenta propia. March lo habría incorporado a su órbita con una oferta superior a la tarifa habitual, garantizándole el pago incluso si perdía la carga durante una persecución. Es decir: asumía el riesgo completo. Ese detalle financiero —cubrir la pérdida— es típico de quien piensa ya en términos de escala, no de un viaje aislado.

—¿Y así nace la flota? —preguntó Clara.

—Así empieza —asintió Héctor—. De una barca se pasa a varias; de varios viajes, a una estructura. Las crónicas posteriores hablan de organización, disciplina, sueldos altos y lealtad comprada. Y, en paralelo, de la búsqueda sistemática de protección institucional. Años más tarde, ya en la etapa republicana, Indalecio Prieto lo señalaría públicamente como ejemplo de poder corruptor, afirmando —en sede parlamentaria y en prensa— que su influencia alcanzaba desde puestos de vigilancia hasta despachos ministeriales. La frase exacta varía según la fuente, pero el sentido es inequívoco.

Luis entrelazó las manos.

—O sea —dijo—, ¿no solo dinero, sino método?

—Exacto —respondió Héctor—. Método, red y anticipación política. Según múltiples estudios, March entendió antes que muchos que el negocio verdadero no era solo mover mercancía,

sino asegurarse de que quien debía impedirlo mirara hacia otro lado... o, mejor aún, mirara a su favor. Ahí es donde deja de ser un contrabandista próspero y empieza a convertirse en un actor de poder.

Se inclinó un poco más hacia la mesa.

—Y eso —concluyó— no lo digo yo: lo dicen las hemerotecas. Luego discutiremos interpretaciones, pero los rastros documentales están ahí. Son el punto de partida de todo lo que vino después.

Héctor abrió otra carpeta y deslizó varias copias de notas y recortes.

—El siguiente paso —prosiguió— marca la diferencia entre un operador audaz y un estratega de largo alcance. Su objetivo dejó de ser únicamente el transporte clandestino: quiso controlar también el origen de la mercancía. Pasar de ser intermediario a ser dueño de la producción.

Se acomodó antes de continuar.

—La oportunidad, según distintas reconstrucciones biográficas y reportajes económicos de la época, surgió en el norte de África. Una familia alicantina, los Jorro, poseía una fábrica de tabaco en Orán; habían emigrado años antes por temor a represalias derivadas de sus antiguas simpatías carlistas. March adquirió aquella instalación y mantuvo a Josep Jorro como responsable operativo. No dismanteló la estructura: la absorbió. Era una constante en su forma de proceder —puntualizó—: comprar el conocimiento junto con los activos.

—Integración vertical —murmuró Luis.

—Exactamente —asintió Héctor—. Producción, logística y distribución bajo una misma dirección. Pero para que ese dominio fuera efectivo, debía resolver un problema inmediato: la

competencia directa en Mallorca. Y ahí aparece la familia Garau, señalada en varias crónicas como uno de los grandes nodos del contrabando hacia la isla.

Consultó sus papeles.

—Los Garau no necesitaban vender. Tenían rutas, contactos y liquidez. Para cualquiera habrían sido un competidor difícil; para alguien con vocación de monopolio, eran un obstáculo intolerable. Las versiones que he encontrado —en prensa retrospectiva, memorias políticas y estudios regionales— coinciden en el patrón, aunque difieran en los detalles: tras la negativa a vender, comenzó una presión sistemática.

Clara levantó la vista.

—¿Presión de qué tipo?

—Intervenciones, incautaciones, controles selectivos —respondió Héctor—. Se multiplicaron las confiscaciones de cargamentos vinculados a su circuito. Algunas fuentes sostienen que determinados puestos de vigilancia actuaban con una severidad muy dirigida. Ya entonces circulaba la acusación de que March había tejido una red de favores y pagos entre quienes debían reprimir el tráfico ilegal. No todo es verificable documento por documento —añadió con rigor—, pero la reiteración del relato en distintos medios y testimonios resulta muy significativa.

Pasó a la última hoja.

—El episodio decisivo, citado en más de una crónica, fue la muerte de un marinero ligado a los Garau durante una intervención descrita oficialmente como accidente. A partir de ahí, la situación se volvió insostenible para ellos: pérdidas continuas, riesgo creciente y un adversario con recursos prácticamente ilimitados. Finalmente aceptaron negociar.

—¿Y March entró en la empresa? —preguntó Luis.

—Así es —dijo Héctor—. Se formalizó un acuerdo por el que pasaba a controlar el cincuenta por ciento del capital. Décadas después, algunos articulistas lo llamarían “pirata mediterráneo” para describir su ascenso. Más literario que jurídico —matizó—, pero útil para entender la percepción pública que empezaba a formarse en ciertos sectores de la prensa.

Cerró la carpeta con suavidad.

—Con esa operación —concluyó— dejó de ser un contrabandista eficiente para convertirse en un arquitecto de estructura: producción en origen, rutas propias, competencia absorbida o neutralizada y protección comprada. El modelo estaba completo. Lo que vino después fue su expansión hacia esferas aún más altas de influencia.

Héctor hizo una pausa para beber un sorbo de café, pero Clara lo interrumpió con un gesto.

—Tengo una pregunta, si me permites.

—Claro —respondió Héctor, dejando la taza sobre el plato con un tintineo.

—No termino de entenderlo —dijo Clara, frunciendo el ceño—. Si ya tenía una fábrica de tabaco en Orán, que era un negocio legal, ¿por qué no vendía ese tabaco de forma ordinaria a España? ¿Tan rentable era el contrabando o es que, simplemente, no podía ser legal?

Héctor sonrió con la satisfacción de quien ve que la pregunta clave ha aparecido por fin.

—Esa es la pregunta del millón, Clara. Y la respuesta explica por qué March no era un simple comerciante, sino un estratega. En aquella España, el tabaco no era un mercado libre: era un

monopolio estatal, el famoso “Estanco”. Si March quería ser legal, solo tenía una opción: vender su producción a la Compañía Arrendataria de Tabacos al precio que el Estado fijara. Márgenes mínimos, control burocrático absoluto.

Se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—El contrabando no era un plan B: era su ventaja competitiva. Introduciendo el tabaco por las calas de Mallorca, March se ahorra los aranceles —altísimos— y, sobre todo, evitaba el control de precios. En el mercado negro, él dominaba toda la cadena: desde la hoja en la fábrica hasta el paquete en manos del consumidor. La ilegalidad le permitía una acumulación de capital que la vía legal jamás le habría permitido.

Luis intervino:

—Entonces, el riesgo era simplemente un coste operativo más.

—Exacto —asintió Héctor—. March industrializó el riesgo. Para él, perder un barco en una persecución no era una tragedia, sino un apunte contable. Esa es la diferencia entre el contrabandista romántico que huye de la Guardia Civil y el empresario que diseña una red de evasión a gran escala.

Tomás dejó la taza sobre el platillo con un leve golpe seco.

—Caray —dijo Luis—. ¿De verdad llegó a reunir tanto dinero como para comprar una fábrica de tabaco y la mitad de otra? No hablamos de pequeñas operaciones, sino de capital serio.

Héctor sonrió apenas, como quien ya ha recorrido ese mismo asombro.

—Esa fue exactamente la primera pregunta que me hice —respondió—. Y la respuesta no está en un golpe de suerte, sino en la suma de varios factores: origen familiar, alianzas económicas y un matrimonio estratégicamente conveniente. Nada excepcional

para la época entre familias con patrimonio, pero sí decisivo.

Se inclinó hacia delante.

—El padre de March era copropietario de la firma Hermanos March, dedicada al comercio y exportación de cerdos hacia distintos puntos de la península, especialmente Extremadura. El ganado balear tenía buena reputación y el negocio generaba liquidez constante. No era una fortuna legendaria, pero sí una base sólida desde la que operar.

Clara tomó nota mentalmente.

—A eso se añadió —continuó Héctor— lo que entonces era habitual en ciertos estratos: los enlaces de conveniencia entre casas comerciales. March contrajo matrimonio con Leonor Servera, hija de Bartolomé Servera, próspero comerciante de Capdepera. La boda se celebró el 28 de mayo de 1905; él tenía veinticuatro años y era siete mayor que ella. No fue solo una unión personal, sino una fusión patrimonial.

—¿De dónde procedía la fortuna de los Servera? —preguntó Luis.

—De una industria humilde en apariencia, pero muy rentable —contestó Héctor—. Bartolomé Servera había organizado un sistema de manufactura de palma y fibras vegetales. Compraba la materia prima al por mayor y la distribuía entre trabajadoras que trenzaban la rafia en sus domicilios. Cada semana recogía la producción: capazos, abanicos, cuerdas, escobas y tejidos de estopa. Una red doméstica de fabricación dispersa, muy eficiente en costes. Con el tiempo, los beneficios fueron notables.

Pasó una página de su informe.

—Las crónicas empresariales de la comarca señalan que ese capital permitió a la familia invertir en proyectos mayores: la

central eléctrica de Manacor, impulsada por Hijos de Servera Melis, y poco después, en 1913, la creación del Banco de Manacor con un capital inicial de dos millones y medio de pesetas, una cifra astronómica para la época.

Héctor cerró la libreta con suavidad.

—Así se enlazaron dos linajes de comerciantes prósperos: los March y los Servera. Cuando analizas las operaciones posteriores, ya no ves a un aventurero aislado, sino a un empresario respaldado por redes familiares, crédito cercano y alianzas sociales. El mito del “hombre hecho a sí mismo” rara vez resiste la luz de los archivos. Aquí, desde el principio, hubo estructura.

Hizo una breve pausa.

—Asentado ya en el norte de África —prosiguió, apoyando la taza humeante en el borde de la mesa—, dominando tanto las fábricas como las rutas del tabaco, la fortuna de March se encontró con la tragedia de la guerra colonial. Fue entonces cuando surgió la rama más oscura de su imperio: el comercio de armas y municiones.

Tomás Roldán lo miró con incredulidad.

—¿Armas? ¿Municiones? —preguntó—. ¿Eso lo hacía con la misma facilidad que con el tabaco?

—Sí —respondió Héctor—. El almacén de Cabo de Agua, inaugurado en 1911, no era un simple depósito. Era un centro neurálgico donde se tejían alianzas, se compraban silencios y se definían futuros. Muchos oficiales del ejército acudían allí no solo a recoger tabaco, harina, azúcar o té a precios de monopolio, sino a cerrar acuerdos discretos. A cambio de comisiones o “regalos”, facilitaban contratos de suministro exclusivos.

—O sea que el hombre vendía de todo... y encima

armamento —interrumpió Marcos, con un gesto entre la admiración y el horror.

—Exacto —continuó Héctor con voz grave—. Bajo la apariencia de proveedor legítimo de las tropas, March manejaba simultáneamente un tráfico de armamento que alimentaba la maquinaria de guerra y sus propias arcas. Cada fusil y cada cartucho suponían un doble ingreso: por un lado, la necesidad oficial; por otro, la codicia privada. Allí, en Cabo de Agua, la línea entre comercio y crimen se desdibujaba. La autoridad se medía en silencios, sobornos y obediencia. March no solo vendía: controlaba, influía y decidía quién prosperaba en su mundo.

Hizo una pausa, miró su taza de café y añadió con calma:

—Si queréis entender cómo operaba March, no basta con el contrabando de tabaco. Su ambición no tenía fronteras; aprendió antes que nadie que el beneficio no tiene patria. Montó una red que abastecía a cualquiera con capacidad de pago. Mientras alquilaba su flota de barcos al Ministerio de Guerra cobrando fletes desorbitados por transportar soldados, esos mismos barcos regresaban cargados de contrabando.

Clara frunció el ceño.

—¿Quieres decir que vendía suministros al Ejército y, al mismo tiempo, armaba a sus enemigos?

—Exactamente —asintió Héctor—. Fusiles Mauser sobrantes de Europa iban a parar a las cabilas rifeñas de Abd el-Krim. Cada vez que los soldados españoles sufrían bajas, mal alimentados y peor armados, March ya había cobrado por ambos lados: vendía el fusil al rebelde y el pan al soldado.

Marcos soltó un silbido y jugueteó con su cucharilla.

—Eso ya no es evasión fiscal; es ingeniería del desastre. Nadie

podrá probarlo judicialmente ahora, pero el patrón es nítido: si un cargamento era interceptado, sus contactos hacían desaparecer el problema. La cuenta de resultados nunca sufría; la culpa siempre recaía en otros.

—Y aquí es donde entran los “dividendos de sangre” —concluyó Héctor—. Nadie lo condenó jamás; ni un solo expediente sobrevivió. Pero la lógica histórica y los indicios hablan por sí solos: el armamento que él desviaba provocó masacres, mientras su red de corrupción en la intendencia convertía a los soldados en víctimas de su propia administración.

Tomás, con gesto serio, intervino:

—Perdona, Héctor, pero no acabo de entender el cómo y el por qué. ¿Cómo entra en ese mundo o de dónde saca los contactos para iniciar la venta de armas?

—Te lo explico —dijo Héctor—, y os pido perdón por no haber sido más explícito antes. La clave está en la oportunidad histórica. No fue magia ni contactos de novela negra; fue puro contexto. Tras la Primera Gran Guerra, Europa quedó saturada de armamento. Parte de ese material salió a mercados secundarios, legales y grises. Y, al mismo tiempo, el Rif ardía. March ya tenía los barcos, los almacenes y las rutas. No necesitaba inventar un negocio nuevo: solo tenía que cambiar la mercancía.

Se acomodó las gafas y prosiguió:

—Diversas fuentes apuntan a que actuó como intermediario y proveedor en ese circuito, aprovechando los excedentes europeos y la corrupción local. Donde otros veían sobrantes de guerra, él vio margen comercial. Compró a precio de chatarra en una Europa arruinada y vendió a precio de oro en una África en guerra.

Clara dejó escapar un suspiro, cargado de su habitual

escepticismo profesional.

—Sigo sin ver pruebas judiciales definitivas. Todo esto son indicios, ¿verdad?

Héctor negó lentamente.

—Yo no afirmo verdades jurídicas, Clara; relaciono indicios documentados. He revisado hemerotecas, sumarios inconclusos, memorias de militares y diarios de empresarios de la época. No hay una sentencia firme que lo condene por todo ello, pero la concatenación de hechos, fechas y flujos de dinero deja pocas dudas: March operaba en un estrato donde la impunidad era norma.

Marcos se recostó en su silla, esbozando una media sonrisa cínica.

—Ya lo decía yo: la ilegalidad es torpe; la ingeniería del desvío, sea de dinero o de armas, es un arte.

Tomás concluyó, como quien cierra un círculo lógico:

—Y aquí, como siempre, lo público se convierte en botín privado. March entendió eso antes que nadie.

Héctor tomó un sorbo de café, dejando que el vaho subiera lentamente antes de continuar.

—Su amoralidad no conocía límites políticos —dijo con calma—. Hay crónicas que sugieren que suministró recursos incluso al Sultán de Marruecos en momentos en que Francia y España lo cuestionaban. Para March, la legitimidad era irrelevante; lo único sagrado era que la paz no arruinara sus márgenes de beneficio.

Clara arqueó las cejas.

—¿Estás diciendo que comerciaba con quien le convenía, sin importarle banderas ni alianzas?

—Exactamente —asintió Héctor—. Pero hay que distinguir las

etapas. El gran negocio de las armas vino después, con el fin de la Primera Gran Guerra y los excedentes de los que hablábamos. Sin embargo, su relación con el poder internacional se fraguó antes, durante el conflicto. España permanecía neutral, pero March convirtió esa neutralidad en un coladero logístico. Fue entonces cuando apareció un nuevo actor poderoso en su órbita: el Imperio Alemán.

Clara frunció el ceño.

—Si no les vendía armas todavía, ¿qué querían los alemanes de un contrabandista mallorquín?

—Servicios —respondió Héctor con una sonrisa gélida—. Los submarinos alemanes, los temibles U-Boote, necesitaban combustible, víveres e información en el Mediterráneo. Las crónicas de la época y los informes de la inteligencia británica — que lo vigilaba de cerca— sugieren que March puso sus rutas y sus calas al servicio del Káiser. Mientras España miraba hacia otro lado, él abastecía a la maquinaria de guerra alemana bajo el radar de los aliados.

Héctor señaló sus papeles.

—Así es como se gana la confianza de las grandes potencias. Cuando la guerra terminó en 1918 y Europa quedó inundada de armas sobrantes, March ya no era un desconocido. Tenía el capital, tenía los barcos y, sobre todo, tenía los contactos internacionales para empezar ese tráfico de excedentes hacia el Rif que mencionamos antes.

Marcos murmuró con ironía:

—Déjame adivinar... U-Boote y negocios en paralelo.

—Bingo —sonrió Héctor—. A pesar de la vigilancia en las costas, los submarinos alemanes merodeaban el Estrecho. March se

convirtió en su proveedor secreto, suministrándoles combustible, víveres e información estratégica desde sus bases en Baleares y el norte de África. Y no lo hacía por simpatía ideológica hacia el Káiser; simplemente porque los alemanes pagaban en oro y divisas fuertes.

Tomás frunció el ceño, pensativo.

—Así que, mientras Europa se desangraba, él amasaba riqueza líquida y oscura. Un hombre que sabía demasiado sobre todos los gobiernos... Es la definición de alguien intocable.

—Exacto —concluyó Héctor—. Para Juan March, la Gran Guerra fue la tormenta perfecta: la neutralidad de España, el caos europeo y un mercado abierto para quien supiera maniobrar sin escrúpulos. Su fortuna no era solo dinero; era influencia, información y protección. Todo lo que necesitaba para situarse por encima de cualquier ley o moral.

Clara se inclinó hacia adelante, con una mezcla de fascinación y escepticismo.

—Y sobre todo esto, insisto, no hay juicio ni condena. Solo indicios, archivos dispersos y recortes de prensa...

—Sí —asintió Héctor—. Pero la acumulación de fechas, movimientos de dinero y contactos militares dibuja un retrato convincente. Como te he dicho antes, yo no afirmo verdades jurídicas: relaciono indicios documentados.

La miró fijamente, con un rastro de cansancio.

—A ver, Clara, ¿crees que me ha sido fácil reunir toda esta información para componer este rompecabezas? ¿Tú crees que él iba a escribir su biografía, o a permitir que alguien la escribiera detallando estas operaciones? Si hubiera querido dejar una biografía oficial, nada de esto aparecería; y si apareciera, sería para

blanquearlo todo. Diría, por ejemplo, que como él tenía esa flota, los alemanes se pusieron en contacto con él y que él les suministró combustible advirtiéndoles de que era ilegal... o cualquier otra excusa. ¿De verdad esperas encontrar un rastro oficial de este nivel de operaciones?

Clara sostuvo la mirada unos segundos, removiendo la cucharilla en su taza vacía. Finalmente suspiró y relajó los hombros.

—Tienes razón —admitió con voz más suave—. Los que mueven los hilos no suelen dejar recibos firmados ni actas notariales de sus delitos. En mi profesión decimos que, si quieres encontrar la verdad, no mires lo que dicen, sino lo que intentan ocultar con más empeño.

Se inclinó hacia el centro de la mesa, señalando los recortes de Héctor.

—Lo que me fascina y me aterra a la vez no es que no haya una sentencia, Héctor. Es que, después de un siglo, sigamos teniendo que montar este rompecabezas con piezas que alguien intentó tirar al mar. Tu “retrato” es convincente, pero me pregunto... si alguien con tanto poder fue capaz de comprar el silencio de generales y ministros hace cien años, ¿qué nos hace pensar que el modelo ha cambiado?

Héctor la observó con una media sonrisa enigmática.

—Para eso —dijo finalmente, bajando la voz— tendrás que esperar al final de mi investigación. Solo entonces sabrás a qué conclusión he llegado sobre lo que acabas de preguntar. Pero te adelanto algo: los métodos evolucionan, pero las estructuras suelen ser mucho más resistentes de lo que queremos creer.

—Bien —contestó Clara—. Soy toda oídos. No sé vosotros —

añadió, señalando a Tomás y a Marcos—, pero yo estoy intrigada.

—Sí —dijeron ambos al unísono—. Continúa, por favor.

Héctor bajó un poco la voz, como midiendo la gravedad de lo que contaba. No estaba claro si March era un hombre terriblemente inteligente o si la suerte lo acompañaba en cada paso; lo indudable es que vivió en el momento justo y en los lugares adecuados, y supo administrarlo como nadie.

—Fijaos en las repercusiones de todo esto —dijo—. Mientras March acumulaba riqueza, la fachada institucional era impecable: una monarquía constitucional a medida. Antes de 1923, España vivía bajo la Constitución de 1876. Sobre el papel, parecía una democracia avanzada; en la realidad, era un sistema de cartón piedra. El poder se repartía mediante el “turnismo” entre conservadores y liberales, pero los votos no se contaban: se fabricaban.

Clara frunció el ceño.

—¿Fabricaban los votos? ¿Cómo se hacía eso exactamente?

—Era el rey quien decidía quién debía gobernar —continuó Héctor—. Las mayorías se montaban desde Madrid mediante listas que se enviaban a cada distrito. Si el voto del pueblo no era el deseado, se practicaba el pucherazo: urnas rotas, actas alteradas o votos de fallecidos. Un espectáculo completo de ingeniería política.

Marcos suspiró con ironía.

—Y en ese escenario, el poder local tenía su propio sheriff.

—Exacto —asintió Héctor—. Ahí aparece la figura del cacique, y nadie entendió ese papel mejor que March en Baleares. Él no solo compraba votos: compraba voluntades, empleos y el silencio de pueblos enteros. La ley era para él una sugerencia que ignoraba sistemáticamente, siempre respaldado por una monarquía

que necesitaba hombres como él para mantener el engranaje económico del país.

Tomás murmuró:

—Así que, en Baleares, quien no votaba a su candidato no trabajaba. Sin jornaleros no había cosecha ni sustento. En una isla como Mallorca, eso significaba hambre.

—Tal cual —confirmó Héctor—. Y lo envolvía todo con la mística propia de estos caciques: con una mano rezaba y con la otra golpeaba. Financiaba fiestas patronales, arreglaba iglesias, daba limosnas... pequeñas dosis de blancura para cubrir una conciencia negra. La gente sabía, pero callaba; depender del amo para comer convertía la sumisión en pura supervivencia.

Clara respiró hondo.

—El miedo convertía a todos en cómplices.

—Y no creáis que Alfonso XIII era un espectador —añadió Héctor—. El rey era un jugador más. Necesitaba empresarios fuertes que financiaran proyectos y, sobre todo, que mantuvieran la paz social en las provincias. March entendió que, mientras mantuviera Baleares bajo control para el Rey, las patrullas de carabineros se distraerían, permitiendo que sus barcos de tabaco y armas desembarcaran sin problemas.

Marcos se inclinó hacia atrás, con una sonrisa cínica.

—Un sistema donde todos ganaban... menos los soldados, los campesinos y los obreros.

—Exacto —asintió Héctor—. Y ahí es donde ves la semilla de lo que hoy llamaríamos corrupción estructural: poder, dinero y violencia económica fusionados, todo bajo la apariencia de legalidad y beneficencia.

Héctor inclinó la cabeza y guardó silencio unos segundos,